

Los laberintos de la obediencia. Paraguay 1954/1989

Rodríguez, José Carlos

José Carlos Rodríguez: Sociólogo paraguayo. Investigador del CDE (Centro de Documentación y Estudios), Asunción.

Antes del golpe que derrotó al general Alfredo Stroessner, dictador que gobernó casi 35 años Paraguay (1954-1989), pocos se atrevían a declararse antiestronistas; después del golpe dado por el general Andrés Rodríguez, que defiende como programa de gobierno la tarea de democratizar al país, poquísimos reconocen haber sido estronistas en el pasado y casi nadie reivindica serlo en el presente. De ahí que, 'legitimidad de la dictadura' dice hoy complicidad política o esclavitud consentida; refleja un rostro político que muchos paraguayos prefieren olvidar.*

Dentro del campo opositor, el tema ya había sido polémico durante la dictadura. En la lógica de la polémica política, era considerado «pro-oficialista» reconocerle apoyo ciudadano a la dictadura. La ética partisana del combate político no estimuló la voluntad de investigar el porqué y el cómo un adversario sombrío y falto de grandeza como Stroessner había capturado la confianza de tantos.

Enfocar el problema de la legitimidad dictatorial es, sin embargo, clave para acompañar con los ojos abiertos el alumbramiento de la democracia, para comprender los mecanismos de la opresión y los laberintos de obediencia que mantuvieron a la ciudadanía extraviada por un tiempo nunca antes tan prolongado en toda la historia del país.

Militarización política y partidización estatal

A diferencia de sus antecesores, Stroessner había fundado un orden político¹, a su medida y semejanza. El suyo no fue un régimen de excepción sino un sistema con

¹Benjamín Arditi: «La politicidad de la crisis y la cuestión democrática, poder político, economía y sociedad en el Paraguay» en Fernando Calderón y Mario Dos Santos (comp.): Latinoamérica, lo político y lo social en la crisis, Clacso, Buenos Aires, 1987.

normatividad propia. Los 35 años de su reinado son hijos de ese orden y su derrocamiento se debe, en parte, a que el dictador terminó infringiendo las reglas establecidas por él mismo.

El origen del poder, que el dictador conquistó y ejerció, resulta imposible de comprender sin considerar las dos guerras en las cuales combatió antes de acceder a aquél, situaciones cuya derivación fue un clima político que facilitó la erección de un gobierno autoritario. La guerra internacional del Chaco (1932-1935), en la cual pereció la quinta parte de los varones adultos paraguayos y provocó a su término una rebelión militar, la guerra civil de 1947, que duró seis meses, desarticuló al ejército, dividió al país en vencedores y vencidos, y aniquiló normas de tolerancia que regían la convivencia ciudadana. Puede decirse que la guerra civil de 1947 no terminó del todo sino en 1989, tomando en cuenta cierta mentalidad agresiva sobre la confrontación política², propia de una situación bélica, que perduró con obsesiva insistencia.

En estos paisajes de guerra y posguerra fueron acunados los cuerpos ideológicos del militarismo y el nacionalismo que, a su vez, se implantaron sobre el previo naufragio de las imágenes democráticas en los ojos y los anhelos de la clase política paraguaya de los años '30³. El rito democrático de la asamblea fue sustituido, en esos años, por el rito guerrero de la gesta; el cetro pasó de las manos de la vieja oligarquía política liberal, al ejército⁴.

El discurso oficial formulaba explícitamente la verdadera institucionalidad de su poder: la «unidad granítica Gobierno-Ejército-Partido Colorado». Esta supuso, por un lado, el encuadramiento vertical del partido, su «militarización» y, por otro, la «coloradización» o afiliación obligatoria del ejército al Partido Colorado. El titular de este 'pacto político' el autócrata, conquistó el gobierno después de acceder a la cúpula castrense.

²Toda la clase política paraguaya se consideró «revolucionaria» sin que ello implique propuesta de cambio o fines políticos definidos. El «revolucionarismo» se aplicaba más bien a la evaluación de los medios violentos considerados como los únicos realistas para obtener y conservar el gobierno, así como a la visión de adversario en tanto enemigo. El gobierno de Stroessner decía estar haciendo una revolución «pacífica» (si bien usaba la violencia), los militares se consideraron revolucionarios, el socialdemócrata Partido Revolucionario Febrerista, los comunistas y los demócratas cristianos, también.

³Efraim Cardozo, un importante político del partido liberal, dijo, apoyando al Mariscal Estigarribia, gobernante que había asumido 'los tres poderes del Estado': «General, pertenezco a una generación que ha perdido su fe en la democracia».

⁴Euclides Acevedo y José Carlos Rodríguez: Manifiesto Democrático, Una propuesta para el cambio, Araverá, Asunción, 1986.

El encuadramiento autoritario del Partido Colorado fue correlativo a la estatización del partido y la ciudadanía. Así es como las seccionales (unidades de base) del Partido Colorado se convirtieron en organismos de Estado, con financiamiento público⁵ y cumplieron muchas de las funciones municipales y asistenciales del Estado, tal como ayudar a los afiliados en los gastos de sepelio, brindar asistencia médica gratuita o gestionar la obtención de lotes baldíos para los campesinos sin tierra. Esto se cumplía en forma discriminatoria, pues la ciudadanía fue en varios sentidos restringida a los colorados; sólo sus miembros podían hacer política, acceder a cargos públicos y usufructuar ciertos derechos.

El privilegio de sus miembros compensó la humillación de la institución oficialista, la cual había perdido libertad. Se repetía que 'la mejor manera de ser paraguayo era ser colorado' y, en verdad, la peor manera de serlo era no estar afiliado a ese partido, puesto que sólo él detentaba los canales lícitos de ejercicio político.

Contrapartida de la estatización del partido fue la partidización de la función pública. El Partido Colorado reinaba, puesto que en su nombre habló el gobierno, a su institución debió afiliarse todo oficial del ejército así como todo funcionario público - incluyendo al magisterio de las escuelas y colegios públicos - y porque, en cuanto tal, tuvo autoridad sobre temas específicos, sobre todo en las zonas rurales; aunque no gobernara; puesto que su dirección estuvo sometida al poder militar.

Quien en realidad gobernaba, la cúpula militar, funcionaba como el entorno del dictador o como el «gobierno del gobierno» formal⁶. Los ascensos dentro de la institución castrense quedaron restringidos por esta circunstancia, ya que la promoción de los oficiales a grados superiores estuvo condicionada a que ellos fueran de confianza política personal del general gobernante, o, lo que es peor, bloqueados por el hecho de que el dictador no cambió mucho a sus colaboradores íntimos durante el tercio de siglo de su mandato.

El sistema tenía fusibles. Para asegurar la lealtad de sus allegados, Stroessner les otorgó poderes prebendarios. Los hombres del presidente, jefes militares y en menor medida, los políticos, tuvieron autorización para enriquecerse desviando fon-

⁵Todo funcionario del Estado debía estar afiliado al partido oficialista y se le descontaba la cuota partidaria y el pago por la compra del diario del partido por las planillas de sueldo. Estos fueron los fondos 'ordinarios' del partido: los extraordinarios provinieron de desvíos de fondos públicos, como el caso de los «planilleros», esto es, personal rentado que figuraba en las planillas de sueldos de la administración pública pero que en realidad no trabajaba en ella, así por otras malversaciones de fondos.

⁶La expresión «la (unidad castrense de) caballería es el gobierno del gobierno» proviene ya del tiempo siguiente a 1938, en que el ejército establece su imperio político.

dos estatales, ignorar las obligaciones impositivas o, incluso, para cobrar a los contribuyentes a cambio de darles autorización para que evadan tributos.

Para el discurso privado del poder esta corrupción pagaba «el precio de la paz», esto es, la lealtad al dictador y la estabilidad de su mandato. El uso privado del Estado por parte de los poderosos y su clientela permitió a los funcionarios amasar fortunas realmente cuantiosas. Después del golpe, los jueces embargaron los bienes de los ministros de Estado por sumas de 40 y 100 millones de dólares, los de la familia del dictador por la suma de 400 millones de dólares, frutos presuntos de la apropiación indebida de fondos públicos (el Producto Interno Bruto anual del país es de 4 mil millones de dólares).

Hechicería, magia y violencia política

La propaganda trabajó sobre la conciencia colectiva para apuntalar el sistema político, desarrollando los componentes autoritarios engendrados durante las experiencias guerreras del pasado y las del desborde de la cultura cuartelera sobre la sociedad política ⁷. La autoridad real del dictador daba verosimilitud a su magia ideológica que, a su vez, embellecía a aquélla. De ahí que el mito del jefe se derrumbara con el jefe del mito.⁸

Algunos de los núcleos ideológicos del estonismo fueron muy visibles por su reiteración. En el discurso oficial se identificaba a la nación con el Estado, el gobierno, el partido y el ejército. Esta identificación entre las instituciones permitió presentar la oposición o desobediencia al poder como un acto extraño (legionario, foráneo), malo (oligarca, antipatriota) o incluso delictivo («comunista», antisocial). Quien se oponía al jefe se oponía al gobierno, al Estado y a la nación.

El discurso oficial también asoció la figura del «único líder», el general gobernante, a la del héroe guerrero que a su vez era heredero y portador de virtudes patrias - en particular las del héroe militar-presidente decimonónico, el Mariscal Francisco López. Stroessner se asumió portavoz y portador de las virtudes nacionales, que, para la ideología militarista, eran virtudes castrenses. Su pasado guerrero fue maquillado para embellecerlo, fue exagerada la responsabilidad que le cupo en las guerras de tal manera de enaltecer su personalidad.

⁷La denominada «Doctrina de la Seguridad nacional», en Paraguay, 'llovió sobre mojado'; no hizo sino agregarle sistematización a una cultura de cuartel que ya gobernaba.

⁸Benjamín Arditi: «Adiós a Stroessner. Nuevos Espacios, viejos problemas», en Nueva Sociedad N° 102. julio-agosto 1988. Caracas.

El poder militar encargó al Partido Colorado fabricarle una mayoría de seguidores para luego poder hablar en nombre de ellos. Ese fue el contenido de la palabra «democracia» usada por el régimen bajo la fórmula de «en la democracia manda la mayoría, somos mayoría luego nos corresponde mandar».

El argumento fue al mismo tiempo una coartada y un programa político de conquista ideológica de la población. De ahí la obsesión oficialista por formar y mantener una mayoría a través del encuadramiento partidario y la propaganda intimidatoria contra la oposición política, tendiente a «convertirla».

El gobierno no desmovilizó a la ciudadanía, como en las dictaduras burocráticas ⁹, sino sólo a las manifestaciones ajenas al poder, para sustituirlas por un ceremonial político obligatorio, expresión pública y también fuente de sumisión y apoyo al poder. Quien no era colorado todavía no tenía derechos, quien lo fuera ya había contraído obligaciones - entre ellas la de asistir a los actos públicos organizados por el partido. El partido-Estado propendía, a través de esta exigencia, a ser un partido-Iglesia para el cual eran obligatorios el asentimiento, la filiación y la participación ¹⁰.

En sus definiciones, el oficialismo declaró al Paraguay una república y a su régimen político, democrático representativo; la dictadura dispuso de un sistema de leyes acordes con este ideario aunque también un sistema de infracciones - legales o no - para evadir las restricciones jurídicas que establecían las normas.

A diferencia de las dictaduras chilena o brasileña, cuyos regímenes privaban de derechos a los ciudadanos, o de la argentina, que los suspendía por tiempo definido (entre un gobierno militar y el siguiente hubo paréntesis democráticos), en Paraguay rigió una Constitución que establecía la división de los poderes; se realizaban elecciones periódicamente; funcionaban los tribunales y el gobierno se reivindicaba titular de un Estado democrático de derecho.

El poder disponía de leyes para imponer y dismantelar las iniciativas ciudadanas, usualmente reprimía «con la ley en la mano» - según sus palabras - pero, no se sometía a ella. Por sobre la ley primaba lo que se denominó el Mbareté, o el puro arbitrio del poder, ejercido en aquellos casos en que la ley no estuviera del lado del gobierno. Esta falta de restricción jurídica otorgaba al gobierno una enorme liber-

⁹Pensemos, por ejemplo, en las dictaduras de Brasil, Chile, Argentina y Uruguay, que gobernaban al Estado pero no a la sociedad.

¹⁰El control estatal fue más fuerte en las zonas rurales y en los suburbios, más débil en los centros urbanos; ahí donde la sociedad civil tenía mayor densidad y cuando las individualidades podían apoyarse en la excelencia intelectual, la fortuna, la vinculación con el extranjero o cualquier otra fuente de visibilidad y prestigio personal.

tad de acción a la vez que privaba a la oposición de capacidad de cálculo político. Nunca estuvo establecido el límite entre aquellas prácticas políticas tolerables y las que no lo eran ni hubo una definición previa de las puniciones correspondientes a las infracciones. La invalidez del gobernado y prepotencia del gobernante se implantó a través del control político de los tribunales o prescindiendo de ellos. Los jueces, de acuerdo a la Constitución, eran nombrados por la 'mayoría', su mandato fenecía junto con el período del gobierno que le había designado. Literalmente, el gobierno podía elegir 'su' magistratura.

El país vivió bajo Estado de sitio la casi totalidad del tiempo de Alfredo Stroessner; ello permitió al ejecutivo desconocer las garantías constitucionales apoyándose en las «circunstancias». De esta manera, derechos establecidos por la ley fueron desconocidos o restringidos bajo la declaración de Estado de sitio sancionado, en forma habitual, por el parlamento del dictador.

Regían además dos leyes de excepción incorporadas al Código Penal que permitían castigar delitos de conciencia, calificados como atentados contra la seguridad del Estado. En estas leyes, como en la Constitución y en la Ley Electoral, se penalizaba el pensamiento «subversivo» y la prédica a favor de estas ideas. La definición de las ideas «subversivas» dependía de los jueces quienes, a su vez, dependían del poder.

La ley electoral de la dictadura, similar a la del gobierno fascista italiano de 1923, otorgaba el 66% de los puestos al partido más votado. Además de este «premio a la mayoría»¹¹, se definió una autoridad electoral controlada por quien ganara las elecciones previas; de esta manera, el partido de gobierno controlaba las elecciones y no competía con otros postulantes en igualdad de condiciones.

La proclamada «democracia sin comunismo» constituyó así un anticomunismo sin democracia, aunque enmascarado con una barroca colección de fórmulas que remedaban a un sistema jurídico democrático.

El gobierno de Stroessner no se caracterizó por el extremo de la violencia sino por la moderación en su dosis, su falta de restricciones éticas y su cálculo. La violencia fue usada como cualquier otro medio político, sometida a un presupuesto de costo-beneficio.

¹¹En Dieter Nohlen: *Sistemas electorales del mundo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981, p. 358 y ss.

La tortura usada contra los disidentes políticos durante años tuvo el efecto de generalizar el miedo. Una ingenua manifestación o una expresión irrespetuosa contra el gobierno podían ser castigadas a través de la tortura. El torturado queda psicológicamente - cuando no físicamente - mutilado y despersonalizado. El número de torturados dependió, en cada coyuntura, de la necesidad de información, de la dosis de castigo y terror considerada necesaria para desalentar a los adversarios y del costo político que pudiera acarrearle al gobierno.

El exilio forzado fue otro de los medios de la violencia dictatorial, pudiendo éste prolongarse por toda la vida. El efecto social del mismo fue la ruptura de las tradiciones de las instituciones o colectividades oprimidas. Los que partieron al exilio terminaron siendo olvidados por los suyos y olvidaron al país real; los que se quedaron dentro del país ignorarían al pasado y a sus predecesores.

La prisión prolongada tuvo el mismo carácter de pedagogía de obediencia como el resto de la violencia. Fue suficiente que pocos presos envejecieran en la cárcel para que muchos crecieran con temor a estarlo¹².

La imagen de la misión

Occidente tomó a la dictadura paraguaya como algo natural. Fiel a los países del Norte occidental, en los términos de la guerra fría, buen pagador de deudas, Stroessner resultaba un dictador amigo e incluso cómodo. Paraguay fue visto como un país sin sociedad, con gente niña, donde sólo podía funcionar con eficiencia la misión y en donde el despotismo estatal tenía una función civilizadora o, al menos, constituía un hecho inevitable¹³.

En contra de esta visión fatalista, pudo constatar que el régimen paraguayo fue extraordinariamente sensible a las presiones internacionales, y que la sociedad supo aprovechar muy bien los alientos recibidos del exterior. Después de denuncias de Amnistía Internacional y la Cruz Roja, mejoró la situación penitenciaria. Luego que la administración Carter se propuso defender los derechos humanos, fue puesta en libertad la casi totalidad de los presos políticos. Poco después que Francia tomó la iniciativa de presentar el caso de la vigencia crónica del Estado de sitio en Paraguay ante las Naciones Unidas, fue levantado. España fue el primer

¹²Prisioneros comunistas que participaron en la huelga general de 1958 fueron liberados sólo en el año 1977. Militares que habían participado de una conspiración estuvieron más de 25 años en prisión.

¹³Existían en el país una Misión Cultural y otra Militar brasilera, una Misión Militar argentina y otra Misión Militar norteamericana que, en los últimos años, fueron cambiando de nombre.

país de occidente que declaró que era necesario cambiar al gobierno dictatorial por una democracia. El discurso fue adoptado por los EEUU en la época de Reagan. Pocos años más tarde la dictadura paraguaya fue derrocada.

Sin el respaldo internacional la dictadura jamás hubiera sido tan longeva. La mera censura moral contra el sistema y la solidaridad con los perseguidos afectó profundamente la fortaleza del régimen que había sido cobijado con un indebido respeto internacional¹⁴ o, al menos, con su silencio.

Antes de ser derrocada, la dictadura se encontraba ya profundamente oradada en su legitimidad. La sociedad funcionaba y se organizaba «a pesar del Estado»¹⁵, los espacios alternos o alternativos establecieron crecientes límites a su control y, al establecer bolsones de desobediencia o al menos autonomía, pusieron en crisis el proyecto de poder totalizador que él sustentaba. Sin embargo, el mecanismo de derrocamiento fue interno a la dictadura misma y, en parte, directamente provocado por el dictador.

La prensa independiente, mucho tiempo sumisa al gobierno, fue tomando distancia del mismo, gesto que le valió ser blanco de hostigamientos. Terminó enfrentada o al menos incómoda frente a la dictadura, reclamando respeto a la especificidad de su ámbito. En los últimos años, el general perdió el apoyo de la prensa. La Iglesia católica y algunas Iglesias cristianas también reclamaron un ámbito pastoral propio y salieron del esquema «patronato» al cual estaban sometidas. Movimientos sociales (estudiantes, campesinos, obreros) alcanzaron autonomía en el ámbito propio, derrotando dentro de ellos al proyecto 'omnívoro'¹⁶ de la dictadura. Su desarrollo constituyó una derrota a la propuesta oficialista de sociedad gobernada y coloradizada.

La destitución del dictador

Un tímido reclamo de autonomía partidaria terminó, como siempre, con la deposición de los disidentes, pero, en 1987, ellos constituían la mayoría del partido colorado; los tiempos habían cambiado. Las disidencias internas del coloradismo, síntomas de la tensión entre la sociedad y Estado, fueron consideradas como un caso

¹⁴ Tal consideración no fue brindada por los regímenes del llamado «socialismo real», pero ellos no tenían peso alguno dentro de Paraguay.

¹⁵ Benjamín Arditi y José Carlos Rodríguez: *La sociedad a pesar del Estado. Movimientos sociales y recuperación democrática en el Paraguay*. El Lector, Asunción, 1987.

¹⁶ Benjamín Arditi: «Estado Omnívoro, Sociedad Estatizada, Poder y Orden Político en el Paraguay», Documento de trabajo N° 10, Centro de Documentación y Estudios (CDE), Asunción, abril 1987.

de disciplina partidaria. El dictador 'tiró el agua sucia con el niño adentro', atentó contra un puntal central de su régimen, el aparato partidario.

La cúpula militar y el entorno del dictador se habían mantenido inamovibles¹⁷, los oficiales inferiores o no ascendían o, si lo hacían, debían pasar inmediatamente a retiro. El crónico cuello de botella de la carrera militar producía una tensión que se vio agudizada por dos problemas más. El primero, la purga del partido requería una igual de los *partenaires* militares de aquellos políticos depuestos; el segundo, la implementación de la sucesión de Stroessner padre por Stroessner hijo requería el pase a retiro de las clases castrenses que se encontraban jerárquicamente arriba del coronel y abajo del general Stroessner.

Bloqueados por arriba, los oficiales se encontraron también amenazados desde abajo. Mientras castigaba a su partido, el general también fustigó a su ejército; enfrentó, de este modo, a las bases de su propio poder. En el último acto de gobierno, el titular del gobierno quiso reemplazar a su más poderoso colaborador, al general Andrés Rodríguez. Este último, en 8 horas, puso fin a los 35 años de gobierno de aquél. Con el tirano, se derrocó al mito de su omnipotencia. Apenas 15 días después de haber sido derrocado, el otrora *factotum* del poder dejó de tener importancia política.

Viejo ropaje, nuevos propósitos

El sucesor de Stroessner, Rodríguez, propone la transición política como programa de gobierno, desde el ejercicio del poder montado por su antecesor, aunque haciendo otro uso del mismo. Quien derrocó a Stroessner se propone cumplir su ley y ocupar el lugar del derrocado, usufructuando sus poderes. Igual que el derrocado, es el jefe del ejército y, en cuanto tal, fue candidato del Partido Colorado y es jefe natural del gobierno. Como tal usa la maquinaria montada por su antecesor, lo que le permitió ganar las elecciones convocadas a sólo tres meses después de dado el golpe de Estado, con padrones fraudulentos y la vieja ley electoral, sin dar tiempo para que la oposición se reorganice.

Cumplido el ritual de coronación poselectoral, con la legalidad así reestablecida, Rodríguez prosiguió la implementación de una agenda para los cuatro años de su gobierno en la que incorporó todos y cada uno de los pasos de la transición democrática en Paraguay, a saber: liberalización política, derogamiento de leyes restricti-

¹⁷Una excepción notable fue la del comandante de la Marina que fue depuesto después que el dictador llegara a la conclusión de que aquél hacía tráfico de armas sin la correspondiente consulta previa a su superior.

vas al pensamiento, promulgación de una ley electoral democrática, convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente para cambiar la Constitución Nacional y entrega del poder a quien gane los comicios realizados bajo un marco jurídico y político.

El algoritmo de la transición democrática es, al mismo tiempo, causa de su estabilidad en el presente y de su fragilidad en el futuro. Este consiste en reestablecer el orden (dictatorial) para transformarlo desde la misma cúpula y por la voluntad de su mandatario, camino peculiar que parte desde arriba y desde adentro del viejo poder y avanza hacia un nuevo régimen político.

El país de nuevo enfrenta el problema de la sucesión, ahora la de Rodríguez; y al peligro del nuevo fracaso del proyecto político presidencial, ahora la democratización. Los paraguayos enfrentan el problema de hacer funcionar un orden, esto es, una máquina de legitimidad, con una ciudadanía débil, organizaciones políticas frágiles, instituciones desnaturalizadas por el sistema estroessnerista y funcionarios que hacen uso prebendario del Estado.

*Encuestas hechas antes del golpe daban a Alfredo Stroessner, en zonas urbanas, una preferencia de voto del 65%, en las zonas rurales se supone que el porcentaje le era aún más favorable. A los quince días del golpe que le derrotó sólo el uno por ciento de los ciudadanos le preferían.

Referencias

*Acevedo, Euclides; Rodríguez, José C., MANIFIESTO DEMOCRATICO, UNA PROPUESTA PARA EL CAMBIO. - La Asunción, Araverá. 1986; Adiós a Stroessner. Nuevos Espacios, viejos problemas.

*Arditi, Benjamín Rodríguez, José C., LA SOCIEDAD A PESAR DEL ESTADO. MOVIMIENTOS SOCIALES Y RECUPERACION DEMOCRATICA EN EL PARAGUAY. - La Asunción, El Lector. 1987;

*Arditi, Benjamín, DOCUMENTO DE TRABAJO. 10 - La Asunción, Centro de Documentación y Estudios (CDE). 1987.

*Arditi, Benjamín, LATINOAMERICA, LO POLITICO Y LO SOCIAL EN LA CRISIS. - Buenos Aires, Argentina, Clacso. 1987; Calderón, Fernando; Dos Santos, Mario -- La politicidad de la crisis y la cuestión democrática, poder político, economía y sociedad en el Paraguay.

*Arditi, Benjamín, NUEVA SOCIEDAD. 102 - Caracas, Venezuela. 1988; Estado Omnívoro, Sociedad Estatizada, Poder y Orden Político en el Paraguay.

*Nohlen, Dieter, SISTEMAS ELECTORALES DEL MUNDO. p358 - Madrid, España, Centro de Estudios Constitucionales. 1981;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 112 Marzo-Abril de 1991, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.